



Bajo sospecha

Relatos policiales

LIBROS Y CASAS

“Desde el principio hasta el penúltimo párrafo está contado con oficio [...] al final desoye sus propios consejos y concluye abrupta pero previsiblemente, con un párrafo corto en que se descarga todo a través de un discurso forzado, antinatural”.

Sebastián Lalaurette

Ana Victoria Cecchi

Buenos Aires, 1977

Socióloga y Doctora en Historia, docente e investigadora. Sus cuentos fueron publicados en distintas antologías de jóvenes escritores como *Uno a uno* e *In fraganti*. Ha sido premiada en el Concurso Interamericano de Cuentos Fundación Avon 2006 y en el Concurso de Relatos de Mujeres Biblioteca Esteban Adrogué en 2007.

La puerta de bronce

LA NIÑA DE NOMBRE TRISTE NO SE QUEDARÍA nunca a dormir con Lucio. Ella vivía con sus padres y sus seis hermanos, y no se le permitía pasar la noche fuera de casa. Sin el contacto de aquella suave piel, Lucio, desvelado de abstinencia, pronto debió interrumpir el sueño en mitad de la noche para salir de la casa y encontrar en los bares del centro primero, y en los locales de juego después, un modo curioso de calmar su ansiedad: hablaba de ella, con amigos y conocidos, de la belleza de sus curvas, de sus senos redondeados, de su boca fresca, de la forma en que ella pronunciaba cada palabra de amor.

Era bonita. Su lacio cabello oscuro copiaba, pendular y rítmico, el movimiento de su pollera católica apostólica romana. Desde la esquina del colegio San Camilo, Lucio observaba el uniformado conjunto de muslos, jauría de inocencia, pasearse hasta doblar y perderse cuando una de todas aquellas adolescentes anónimas y perfumadas había detenido, por primera vez, sus oscuros ojos en los ojos de Lucio para reparar

en él y brillar como solo en Catamarca puede brillar el sol de otoño.

Aquel día, al llegar a su casa en el departamento de Valle Viejo, la mujer de Lucio lo esperaba para, en la

Simulación
Fingimiento, disimulo, encubrimiento.

cena, decirle que no creía poder sostener mucho tiempo más aquella simulación de casas, camas y vidas separadas; que podrían mudarse juntos de una vez y olvidarse de los comentarios del Valle entero y de la mismísima Virgen si era necesario; que esa no era vida, que le diera un beso, que lo había extrañado, que si no tenía hambre podían ir a la cama y comer algo después; que si le gustaba el color que había elegido, ahora era rubia, rubia platinada: su rubia debilidad. Mi rubia debilidad, repetía Lucio, pero imaginaba la oscura y lacia cabellera de niña entre sus dedos hasta dejar al descubierto la nuca de porcelana, muñeca de porcelana, mi muñeca.

La mirada de Lucio se había cruzado con aquellos ojos brillantes, al doblar la esquina, todas las tardes de un mes entero hasta robarle una sonrisa, hasta lograr que se separase del grupo después y escuchar, en impostada voz de mujer, su nombre triste. Tenía una pequeña cicatriz en el dedo índice. Lucio había acariciado con cuidado la cicatriz para después llevarse aquel pequeño, delicado dedo a la boca la primera tarde en que ella accedió a quedarse en casa de él luego de haber dado un paseo en coche por el centro, llegar hasta la Alameda, tomarse un helado y un par de cervezas. Jugaban a la escondida: ella entraba a la casa de él por la tarde, a la salida del colegio, y seguía el

camino de eucaliptos, lapachos y jacarandás a escondidas de su mujer, de los vecinos y de los posibles comentarios sobre aquel amor imposible.

Una madrugada de primavera, desvelado, la boca llena de palabras calientes, Lucio se detuvo ante el repentino silencio del bar en el que pensaba terminar la noche, y una mano robusta y firme cayó amistosa sobre su espalda empapada. Era un antiguo compañero del Colegio Nacional al que no veía desde hacía varios meses: elegante y soberbio, la piel lisa y las cejas prolijamente arqueadas sobre sus ojos y sobre sus lentes importados. Había estado un tiempo de viaje por Europa y luego vivió en Buenos Aires para, hacía algunos días, instalarse en la residencia de su padre a la que todos conocían como La Puerta de Bronce. La ciudad toda era, para él, una enorme puerta de bronce, la entrada a aquella jaula montañosa y seca que era la provincia, donde nunca pasaba nada nuevo, donde las calles desoladas a la hora de la siesta repetían por las noches el conocido desfile de las mismas caras de siempre que giraban en torno a la plaza: una calesita avejentada por el paso del tiempo.

Pidió dos vasos de aguardiente con la distancia y formalidad propias de un superior. Pensaba ir y venir de la Capital todas las semanas, pasar unos días en Buenos Aires y volver en avión para que no se le hiciera tan pesado, para cortar la rutina.

—Hoy a la tarde anduve por el centro, por la plaza Veinticinco de Mayo, me paré frente a la catedral, y podés creer que pasaron un grupo de pibas por adelante y no se persignaron, ni una sola señal de la cruz,

ni un ademán, ni una referencia. Pero eso no quedó así, no señor, les grité que si eran unas chinas tan maleducadas para no respetar a Nuestra Señora del Valle por qué no se dejaban de gastar la plata de los padres en colegios privados y se quedaban en la casa para limpiarse el culo.

Solo cuando al hombre le sirvieron su vaso y brindó con Lucio por las chinas de su tierra, en el bar se reanudaron, de a poco, otras conversaciones y nuevos brindis posibles. Lucio escuchó a su compañero del colegio: el sábado por la noche organizaría una fiesta privada, con champagne y merca de la buena, con el Hueso y el Gordo.

—Va a venir gente importante y a los catamarqueños les va a quedar bien clarito lo que es divertirse de verdad. Eso sí, hay que traer pendejas, si están nuevitas mucho mejor, nada de caer con tu mujer que esta es cosa de jinetes. Vos andás con una morocha, ¿no? ¿Cuántos años tiene, diecisiete? Entonces te venís con la nena que hay varios que la quieren probar.

Aquellas palabras se clavaron en la garganta de Lucio como el primer trago de un whisky de mala calidad. Pensó que esa noche era la fiesta de egresadas, que ella ya tenía otra fiesta, que no iba a poder ser, que la morocha, su morocha de porcelana, no iba a poder ir a ninguna fiesta privada, que ella no bebía y que nunca había estado en una fiesta de hombres.

—Nunca estuvo en una fiesta de caballeros —dijo Lucio y agregó que el sábado era la fiesta del colegio en un boliche del centro: Le Feu Rouge. El hombre acercó la pesada mano a la camisa de Lucio hasta tomarlo por el

cuello y sonreír con la violencia de sus dientes blancos. En el bar el silencio fue completo.

—El sábado la buscás por el boliche y se vienen los dos a la fiesta privada, después te doy bien los datos y quedás como un duque.

La semana pasó para Lucio como pa-
san los días que anteceden a una tormen-
ta de verano: con la penosa sensación de
no terminar nunca. San Fernando del Va-
lle de Catamarca apenas intuyó a sus jóvenes caudillos
ocupados en algo grande, no escuchó el rechinar de las
picadas en el sueño de la noche, no los vio brindar en
bares ni casas de juego, no hubo golpizas ni malas pala-
bras: estaban guardados. Salían a hacer los mandados,
mandaban hacer los mandados como quien prepara la
fiesta de cumpleaños de toda una estirpe.

Anteceden
Preceden, son
anteriores.

Estaba bonita. El cabello oscuro y lacio se le desordenó al salir del boliche, doblar en la esquina y subir al coche de Lucio. No era la primera vez que ella encontraba sinceras palabras de amor para llevarlas al oído de Lucio y repetirlas, pero sí era la primera vez en que la muchacha de nombre triste lloraba frente a él como lloran los niños pequeños.

—Para ir a una fiesta de caballeros hay que ser una dama de sociedad y yo no soy ninguna dama, me siento el último orejón del universo —dijo ella y se abrazó a Lucio como si no fuera a volver a verlo.

Él condujo en el silencio de la noche hasta La Puerta de Bronce, donde con sus amigos cambiarían de coches para ir a la fiesta. Lucio dijo su nombre ante una caja metálica de la que surgió un sonido estridente que

obligó a la niña a dejar de llorar. Las puertas pronto se abrieron como si estuviesen tiradas por un centenar de fantasmas y un inmenso jardín cubierto de flores rodeó la casa. Ella sonrió y habló del paraíso. Caminaron de la mano hasta una pequeña puerta trasera en la que, al fin, Lucio llamó para que un hombre uniformado los recibiera, los separara y le impidiese el paso para quedarse con ella.

—Si hablás son boleta vos y tu mujer, ahora te das media vuelta, te vas y la morocha se queda —dijo el hombre sin mirarlo a los ojos.

Lucio no pudo desoír aquella orden como no se puede desoír el llamado de la muerte. Escoltado por la luz de los faroles regresó al coche y al jardín desierto en el que creyó ver a su niña entre las flores. Volvió a su casa del departamento de Valle Viejo siguiendo el río, con intenciones de meterse en la cama de su mujer dormida y hacerle el amor sin ganas, pero ni en la casa ni en la cama había nadie. Una nota lo esperaba sobre la mesada de la cocina como un perro faldero: “Tengo guardia en el hospital, vuelvo mañana, te quiere, besos: tu rubia debilidad”.

Se recostó en la cama vacía. Imaginó a su mujer joven otra vez, con lacio y oscuro cabello sobre los hombros, imaginó rubia a su muñeca de porcelana y morocha a su mujer: morochas caras de porcelana. Luego imaginó que su antiguo compañero del colegio tomaba a sus morochas del pelo con la fuerza con la que se aferra un cacique a su caballo al tratar de huir de una guerra de caciques. Luego vio la pesada mano

sobre su morocha de porcelana para golpearla contra la pared hasta hacerla estallar.

Su mujer entró en la casa con el día. Le preguntó si estaba despierto, pasó por el baño, se lavó las manos primero y tomó una ducha después. Con el pijama puesto caminó hasta su cartera en busca de una pequeña bolsa de nylon que pronto acercó hasta Lucio que, desnudo, la observaba desde la cama.

—Recién trajeron a la guardia a la morocha esa con la que andás jugando a la escondida como un pelotudo, le hicieron mierda la cara y ya no sirve para nada. Te traje un pedacito de pelo de recuerdo para ver si te dejás de romper las pelotas de una vez.



Este cuento se publicó en *In fraganti. Los mejores narradores de la nueva generación escriben sobre casos policiales*.

Si te gustó...

Mata a tu Dios, cuento de Romina Doval; *Julieta y el mago*, cuento de Manuel Peyrou; *Los caimanes*, novela de Inés Arteta; *The Buenos Aires affaire*, novela de Manuel Puig; *Epitafios*, serie dirigida por Alberto Lecchi y Jorge Nisco; *Tesis sobre un homicidio*, película dirigida por Hernán Goldfrid.



Bajo sospecha

Relatos policiales

Un crimen, una investigación, una persona culpable. El enigma policial es una forma narrativa perfecta que nos seduce inmediatamente porque enciende nuestro deseo de averiguar lo que está oculto y nuestro instinto de justicia. Lo mejor de los misterios es la posibilidad de resolverlos. Y ahí está el policial para hacernos creer que detrás de cada incógnita, de cada enigma, está la llave que encaja en la cerradura y resuelve el misterio.

ISBN 978-987-0015-05-0



9 789878 915050

librosycasas.cultura.gob.ar

